

MARCELA, LA AUDAZ DE

Miembro de un clan de hermanas intelectuales, ella es la única que se ha atrevido a dedicarse a la literatura. Ahora, con *Antigua vida mía*, inicia la etapa internacional de su carrera.

JIMENA VILLEGAS

Marcela Virginia Serrano Pérez pisó por primera vez el suelo de Antigua en septiembre de 1992. Había llegado a ese pueblo guatemalteco junto a su pareja, Luis Maira, y sintió, al mirar la plaza y la calle principal, que allí tenía que escribir una novela. Volvió a ese sitio, donde el aire colonial parece haberse detenido para siempre, en una segunda ocasión. Y, como debe haber una oportunidad que sea la vencida, por fin, al tercer intento se instaló en Antigua con camas, teclado, música y petacas.

De esa visita, que duró un mes y que la tuvo viviendo como una más entre los antiguos, durante junio de 1994, salió el cierre de su tercera novela, *Antigua vida mía*, para ella "la más sólida de todas". El libro, la primera publicación de la escritora con la transnacional hispana Alfaguara, será lanzado el martes 13 de junio por Eugenio Tironi y la periodista Tati Penna.

"La experiencia de hacer esta novela fue maravillosa", afirma la autora, "por primera vez pude sentarme durante siete u ocho horas diarias sólo a escribir. Nunca antes había podido dedicarme por completo -con una disciplina impresionante, porque soy muy aplicada- a sacar todos los personajes que habitan mi cabeza. Ser escritora y ser mujer no es nada fácil".

El furor literario que hoy reconoce en sí misma le llegó a Marcela Serrano (43) junto con el impulso para terminar su primera novela, *Nosotras que nos queremos tanto*, hace cinco años. Ese libro y *Para que no me olvides* (1993), su segunda publicación, -ambas best sellers en Chile- la han convertido en la máxima exponente femenina de la llamada "nueva narrativa chilena". Ella, sin embargo, asegura no agitarse con el título porque, insiste con vehemencia, escribir no es un negocio, sino "una pasión".

Luis Maira, actual ministro de Mideplan, resume el camino literario de su mujer: "Marcela



PIA COSMELLI

AS SERRANO

comenzó a escribir en serio, en 1985, en un periodo de mucha crisis. Se estaba separando de su segunda pareja, Antonio Gil. Trabajaba tenazmente, hasta que un día decidió meter en un cajón las 200 páginas que había hecho y no escribió más. De repente, en 1990, abrió el cajón, retomó ese trabajo inconcluso y ya no volvió a parar. Yo sé que ahora es completamente feliz, que está realizada, porque la literatura es gozosa para ella. Por fin encontró su espacio”.

Miembro de una acomodada y atípica familia chilena, Marcela es la cuarta de cinco hermanas. Las Serrano, todas profesionales y casi todas personajes públicos, llevan -según ellas mismas lo reconocen- el germen de las letras en el cuerpo. Elena (46), la mayor, es abogada; Paula (45), sicóloga; Margarita (44), periodista; y Sol (40), una connotada historiadora.

Dos son las vetas centrales que han alimentado esa raíz literaria que, hasta ahora, sólo Marcela ha sabido explotar públicamente: la figura de Horacio Serrano, su padre, un tipo “fascinante y excéntrico”, y la influencia de su madre, la escritora Elisa Pérez Walker, más conocida como Elisa Serrana.

Margarita, su compañera de juegos en la infancia, recuerda los primeros encuentros de Marcela con las letras: “En nuestros veraneos en el campo, mi mamá se dedicaba a escribir en una tremenda Remington y nosotras nos entreteníamos desordenándole sus papeles. La Marcela y yo jugábamos a escribir historias y en la noche nos leíamos los capítulos hechos ese día. Lo mío era terrible, siútico, de un romanticismo de última categoría. Y lo de ella tenía suspenso, misterio, siempre me dejaba ansiosa de saber lo que vendría al día siguiente”.

Saber contar casi mejor que nadie cualquier historia es, sostienen quienes la conocen, una de las peculiaridades que siempre ha caracterizado a Marcela Serrano. Y también su audacia, atrevimiento que se refleja -sin pudores- en una carrera literaria que la ha llevado a estar permanentemente expuesta: “Ella ha pagado costos muy altos por ser transparente y no tener doble estándar. Ha sufrido mucho y nos ha hecho sufrir. Es la más izquierdista, la más rebelde, la más atea de todas nosotras. Y también es la menos intelectual, es un ser vital, intuitivo, muy animal, muy poco sofisticado”, afirma Paula Serrano, la hermana sicóloga.

Instalada durante cuatro meses al año en el extenso fundo de su padre, en Mallerauco, Marcela Serrano pasó -junto a sus inseparables hermanas- una infancia plácida, al calor de la fascinación que ejercía sobre ella su padre, “un hombre extraordinariamente culto”. Se repartía la escritora entre los vapores de la lectura y la libertad del campo que,

“Marcela ha sufrido mucho y nos ha hecho sufrir. Es la más izquierdista, la más rebelde, la más atea de todas nosotras”. (Paula Serrano)

de los deslindes hacia adentro, le pertenecía entero. “A los cuatro años me subieron a un caballo y a los cinco ya recorría todo el fundo”, afirma.

De ese mundo relajado salía cada otoño para volver a su colegio, el Villa María. De todas las Serrano, sostiene la escritora, ella era la menos brillante: “Mis hermanas se ganaban todos los premios, yo era la más floja. Mi gran drama era que no sabía sumar. Me iba bien sólo en las cosas que me gustaban”.

No se destacaba en los estudios, pero sus hermanas recuerdan que era, lejos, la más exitosa en materia de hombres: “Era una verdadera femme fatale. Tenía los ojos oscuros y unas tremendas pestañas; todos los hombres caían muertos. Ella fue la primera que, a los 12 años, llegó a contarle a los papás que estaba pololeando”, recuerda Margarita.



El clan de las Serrano: Marcela, Elena, Paula, Margarita y Sol, educadas para brillar en sus profesiones, se mantienen férreamente unidas a pesar de sus diferencias

La propia escritora lo confirma: “Siempre fui la más liberal de las cinco. Yo era la que tenía como 20 pololos y a mis hermanas, que eran todas impecables, vivían colgándoles historias mías, lo que a ellas les daba mucha rabia”.

Pese a ese barniz frívolo, Marcela Serrano logró cumplir con la meta obligatoria para las herederas de Horacio Serrano: la universidad. Y de ese mundo correcto, acomodado y bien constituido tuvo que despedirse cuando partió al exilio, a fines de 1973, junto a su pareja de ese entonces, Eugenio Lona. Se habían conocido en el segundo congreso del MAPU en 1972 y se

En Italia pasó hambre y frío. Llegaba a su casa con las manos destrozadas por cambiar almácigos y plantar árboles para la Municipalidad de Roma.

casaron poco antes de salir de Chile.

Titulada como licenciada en grabado en la Universidad Católica salió del país, para anclarse en Roma, donde experimentó uno de los primeros quiebres de su vida, la separación matrimonial. Allí también descubrió el arte clásico, la Magna Grecia y la cultura con mayúsculas. De esa época datan los primeros cuestionamientos en torno a su vocación literaria.

El año 1977 la escritora volvió de Europa. Traía de ese viaje el aprendizaje "del miedo y del dolor" que -según ella- la marcaron profundamente. Un cercano afirma: "Lo que le pasó a ella es que en Italia tuvo que crecer en serio y aprender a valerse sin la comodidad familiar".

En Italia, pasó hambre y frío. Tuvo, además, que dejar atrás los oscuros, antiguos y finos muebles a los que su padre la tenía acostumbrada. Aprendió a vivir entre cajones de manzanas donde se guardaban los libros y a desembuchar semillas en el vivero de la Municipalidad de Roma. Llegaba a la casa con las manos destrozadas por cambiar almácigos y plantar árboles. "Trabajaba entre cucarachas y saltamontes, a los que les tenía terror, para después llegar a pintar sus cuadros", cuenta su ex marido. En contraste con la precariedad doméstica, pudo exponer sus obras, casi todas hechas con pasteles y lápices, en una de las galerías más importantes de la capital italiana.

En ese contexto de dificultades, aterrizaban de vez en cuando su madre y sus hermanas. Elisa Serrana solía llegar junto con el verano. Con ella, partían las hijas -y sus respectivas parejas- a Calabria, a disfrutar del sur de Italia. Eugenio Llona cuenta: "Elisa, fresca, generosa, divertida, invitaba a todas sus hijas y a estos yernos, todos bastante de mala muerte, y nos daba un atracón de proteínas durante un mes.

Quedábamos preparados para pasar el invierno". En esa época Sol, la menor, estudiaba en la Universidad de la Sorbona, en París; Elena estaba junto a su marido en Edimburgo, y Margarita vivía en España.

Una vez de vuelta en Chile, la escritora recompuso su historia. Se conectó con grupos artísticos, se dedicó al tema político y rehizo su vida sentimental al lado del escritor y publicista Antonio Gil. Con él tuvo a su primera hija, Margarita (13). Montó su primera exposición a comienzos de los 80; hizo videos, instalaciones y body art durante un par de años, y en 1983 decidió despedirse de su profesión oficial: "Presenté mi último trabajo, por el que fui premiada, en el Museo de Bellas Artes, y dije no más".



A los 16 años, Marcela Serrano era femme fatale, descollaba más en las fiestas que en los promedios de notas escolares

Entre el abandono del arte -que significó un nuevo y profundo quiebre- y el volcamiento definitivo hacia la escritura pasaron siete años. Durante ese tiempo, la escritora se dedicó a recomponerlo todo otra vez. Conoció a Luis Maira y tuvo a su segunda hija, Elisa (6). "Puse todas las energías donde había que ponerlas", afirma.

Según Maira, Marcela recibió el impulso final para lanzarse en la carrera literaria tras el fracaso de él en su intento por conseguir un sillón en el senado. "Ella estuvo muy cerca mío y muy comprometida política y socialmente hasta 1989. El que yo no fuera senador nos permitió volver a tener una vida más normal y ella pudo completar una vocación hasta entonces no desarrollada".

Marcela Serrano sabe que es considerada parte de la literatura programática: escribe sobre temas femeninos y para mujeres; por tanto, no pertenece al mundo de literatura universal. Asegura no sentir, pese a esa clasificación peyorativa, resentimientos. Sabe incluso que la mayoría de los escritores hombres chilenos no la leen, porque no la consideran competencia.

Su desquite al respecto -afirma- es personal y privado: ella prácticamente no lee textos hechos por hombres. Sus intereses, sostiene, apuntan hacia las escritoras anglosajonas y, en el último tiempo, hacia la nueva generación de narradoras españolas. Aclara que el fenómeno Mastretta-Esquivel-Allende no le interesa "porque tiene más de comercialidad que de profundidad", e insiste que -pese a su propio gran éxito de ventas en Chile- no se siente parte de esa tendencia.

Actualmente señala estar lista para iniciar un nuevo periodo literario, tras haber asumido -con dificultad, según su hermana Paula- la condición de escritora. Acaba de firmar por Alfaguara y eso le significará ser lanzada, junto a Gonzalo Contreras y José Donoso, en España.

Aunque confiesa un pánico escénico enorme y prefiere no pensar todavía en el salto que significa entrar al mercado hispano, señala estar segura de que -independientemente de los resultados en el Viejo Mundo- seguirá escribiendo, porque evacuar libros se ha convertido para ella una necesidad que no la dejará tranquila nunca más: "Me gustaría algún día dejar de tener contacto con el mundo público. Ser una escritora privada. Quisiera ser tan grande como para poder decir: de ahora en adelante no me hagan más preguntas y dejen que mis libros hablen por mí".

Luis Maira: ha sido un importante apoyo en la carrera literaria de su mujer

